

nos, y el pueblo de los Judíos, nos han enviado para establecer alianza y paz con vosotros, y que nos escribais entre vuestros aliados y amigos. Expusieron despues las muchas vejaciones que les hacia sufrir Demetrio, rey de Siria, y pidieron al senado la proteccion que concedia á los pueblos oprimidos. Agradó á los Romanos lo propuesto por los embajadores judíos, y les prometieron la proteccion que les pedian. Luego formaron de concierto con ellos un tratado de alianza, que hicieron grabar en planchas de bronce y enviar á Jerusalem para que las tuviesen allí como un monumento de paz y alianza; y hé aquí lo que contenian las planchas :

Alianza con ellos.

Bien sea por siempre á los Romanos y á la nacion de los Judíos por mar y por tierra, y sea léjos de ellos la espada y el enemigo; pero si se moviere guerra primero contra los Romanos ó sus aliados en todos sus dominios, les dará socorro de corazon la gente de los Judíos segun lo exigiere el tiempo; y no darán (los Romanos) á los combatientes (á los Judíos) ni suministrarán trigo, armas, dinero, ni navíos, porque así ha parecido á los Romanos; y estarán (los combatientes) sujetos á las órdenes (de los Romanos) sin tomar nada de estos. Asimismo, si se moviere guerra primero contra los Judíos, les asistirán de corazon los Romanos, segun que el tiempo se lo permitiere, y á los que fueren en su socorro (de los Judíos) no se dará trigo, ni armas, ni dinero, ni navíos, porque así ha parecido á los Romanos, y obedecerán sus órdenes (las de los Judíos) de buena fe. Segun estas palabras hicieron los Romanos su tratado con el pueblo de los Judíos. Y si despues de este tratado, dijeron, los unos ó los otros quisieren añadir ó quitar de esto alguna

cosa, lo harán de comun consentimiento; y cuanto así añadieren ó quitaren quedará firme.

Concluido así el tratado, los Romanos, que estaban indignados contra el rey Demetrio por la conducta que usaba con los Judíos, le escribieron una carta que entregaron á los embajadores, y decia : « ¿ Porqué has agravado tu yugo sobre los Judíos, nuestros amigos y aliados? Sabe, pues, que si de nuevo vinieren á quejarse, les harémos justicia contra ti, y te declararémos la guerra por mar y por tierra. » Una proteccion tan decidida debia producir grandes resultados en favor de los Judíos; sin embargo, no se vió que sacasen alguna ventaja considerable de esta alianza, aunque se renovó mas de una vez en los tiempos de Jonatás y Simon, hermanos y sucesores de Judas; ni este mismo héroe tuvo el consuelo de ver las láminas en que se habia grabado, porque no llegaron á Jerusalem los portadores hasta despues de su muerte. Lo que sí tuvo, fué el sentimiento de ver confirmadas sus conjeturas acerca de la resolucion violenta que tomaria Demetrio luego que supiese la entera derrota de su numeroso ejército, del que no habia escapado ni un solo hombre, la muerte del general, y el destrozo de su cadáver, referido por Alcimo y su partido con todas las circunstancias mas capaces de inflamar su cólera.

Vuelve Baquides á la Judea con nuevo ejército.

En efecto, irritado en gran manera Demetrio, hizo reunir en los contornos de Antioquia el ala derecha de su ejército, que siempre se componia de las tropas mas aguerridas, y volvió á enviar á Baquides y á Alcimo á la Judea con este poderoso cuerpo de ejército. Partieron luego de Antioquia estos dos enemigos de Israel, y dirigiéndose por el camino de Gálgala fueron á acampar á la vista de Masalot, plaza situada en la

provincia de Arbella y ocupada por tropas judías. La batieron, se apoderaron de ella, y perdió allí Judas un número considerable de hombres; triste presagio de los males terribles que le amenazaban, y daban principio con esta escaramuza. No se detuvieron los enemigos en Masalot mas que el tiempo preciso para saquearla; y en el mes primero del año de ciento y cincuenta y dos llegaron á las cercanías de Jerusalem con la esperanza de sorprender á Judas en ella; pero se hallaba ya en Laisa, ciudad poco distante. Informados Baquides y Alcimo de que Judas ocupaba con su ejército á Laisa, avanzaron con veinte mil hombres de á pié y dos mil de á caballo hasta Berea, cercana también á Jerusalem, y con esto quedaron los dos ejércitos á la vista uno de otro.

Desercion lastimosa de la mayor parte del ejército de Judas.

Judas tenia tres mil hombres escogidos, y segun su valor, debia esperarse que, á pesar de la desigualdad en el número, en vez de rehusar la batalla, no tardaria en principiar el ataque y conseguir la victoria. Los soldados que tenia consigo eran aquellos valientes Israelitas que unidos siempre á su general y siempre seguros de la proteccion del Señor bajo de sus banderas, no le habian abandonado jamás. Judas hacia cuenta con ellos, y le bastaban estos tres mil hombres para desafiar á todas las fuerzas de Siria. Ya se disponia á animarles, segun su costumbre, con sus piadosas exhortaciones para entrar en el combate; pero ¡ó Dios mio! ¡Y cuán profundos son vuestros juicios é investigates vuestros caminos! Estos hombres intrépidos, estos soldados tan famosos en toda Asia, y hasta en el occidente, por su valor, su constancia y sus ruidosas hazañas: estos Israelitas que poco antes, siendo los mismos en número habian muerto al general Nicanor,

y exterminado su formidable ejército, tres ó mas veces mayor que el que presentaba Baquides: estos héroes se hallan, sin saber porqué, sobrecogidos de repente. Sus ojos, turbados por el temor, multiplican los soldados enemigos, y les hacen ver un ejército el mas numeroso que habia venido jamás contra ellos. Pierden su esperanza en el Señor, su confianza en el general y su miramiento al honor; y de tres mil hombres que componen el ejército de Judas, los dos mil y doscientos abandonan el campo antes de principiar la batalla, sin que sea posible detenerlos, y dejan á su general con solos ochocientos hombres al frente de sus enemigos. Era necesaria toda la constancia de Judas para mantenerse firme en un lance tan inesperado. Mirábase abandonado de casi todo su ejército, que á su vista y en grandes tropas huía del combate; y ya no tenia tiempo para reunirle ni esperanza de sacar partido de un ejército fugitivo. Penetrado del mas profundo dolor y sumergido en el mayor desconsuelo, no sabia á qué resolverse; pero no duró mucho esta situacion ajena del héroe. Luego se dejó ver con su brio antiguo y como en realidad era. Vamos, dijo á los ochocientos hombres que habian quedado con él, vamos á pelear con nuestros enemigos. Acaso lograremos vencerlos, y si el Señor no quisiese concedernos la victoria, nosotros moriremos gloriosamente defendiendo su causa; pero sus compañeros, que tambien habian participado algun tanto del temor, procuraban disuadirle, diciendo: No podremos (vencerlos); mas libremos ahora nuestras vidas y volvamos á nuestros hermanos porque somos pocos. Reunámoslos y animemos su espíritu, y entonces podremos pelear contra ellos y vencerlos. Jamás, dijo Judas al oírlo, jamás permita el Señor que hagamos tal cosa, cual es huir de nuestros enemigos. Si nuestra hora es llegada, muramos valerosamente por nuestros hermanos y no echemos una mancha en nuestra gloria.

Batalla de Laisa cerca de Jerusalem y muerte del héroe de Israel.

Animados los compañeros de Judas con esta valiente resolucion de su general, ya no pensaron sino en pelear valerosamente á su lado. El enemigo habia salido de su campamento y venia dividido en dos cuerpos de infantería, sostenidos por fuertes escuadrones de caballería. Los honderos y flecheros y los mas fuertes del ejército venian en las primeras líneas, y el general Baquides á la cabeza del ala derecha. Judas, que solo contaba con ochocientos hombres contra veinte y dos mil, no podía dividirlos y todos debian pelear reunidos á sus lados. En esta disposicion se acercaron los ejércitos, y luego mandó Baquides tocar las trompetas y lo mismo hizo Judas. Toda la tierra se conmovió con el sonido de las trompetas y las voces y gritería de las tropas, y en medio de este confuso y pavoroso ruido, se acometieron los dos ejércitos, batiéndose con furor desde la mañana hasta la tarde. Viendo Judas que el ala derecha que mandaba Baquides era la mas fuerte, marchó contra ella con los mas valientes de su tropa, y la deshizo, acuchilló y persiguió hasta el monte de Azoto. Todo el dia habia estado pendiente y dudosa la victoria, y Judas con esta derrota, principió á mirarla como suya; pero el Señor tenia otros designios acerca de su siervo, y si le concedia estas acciones de valor, mas bien era para honrar su muerte, que para alargar su vida. No dejaba Judas de perseguir y cargar fuertemente á los fugitivos; pero cuando vieron las tropas de la izquierda la derrota de su ala derecha, y que Judas y los suyos la perseguian con ardor, siguieron en pos de ellos y se arreció la pelea. Fueron muchos los que cayeron muertos de una y otra parte en esta ocasion, y ¡qué dolor! Judas cayó tambien muerto. ¡Muerte lastimosa! ¡Muerte fatal para el pueblo de

Israel! ¡Muerte que no habrá hombre tan insensible que no experimente al leerla una pena!

Sentimiento de Israel en la muerte de Judas.

Con la muerte de Judas parece que murió tambien la batalla. El campo quedó solo de tropas, pues los demás huyeron, dice el texto sagrado. Jonatás y Simon sus hermanos tomaron el cuerpo, le llevaron á su ciudad de Modin y le enterraron con magnificencia. No es posible explicar el desconsuelo en que Israel quedó sumergido con la muerte de Judas. Todo el pueblo lloraba con llanto inconsolable. Muchos dias duró este llanto general, y en ellos no dejaban de preguntarse afligidos: ¡Cómo ha caido el valiente que salvaba á su pueblo Israel! ¡Cómo se ha oscurecido el esclarecido defensor de Judá! ¿Dónde está el celador de la ley, el que se exponia á tantos y tan grandes peligros por la honra del Señor y la salud de su pueblo? ¿El que consiguió tantas victorias como dió batallas? ¡Ah! su desinterés, su piedad, su celo por la honra del Señor y la pureza de la religion, su amor á sus hermanos, sus heroicas virtudes... todo parecia clamar por la continuacion de esta preciosa vida; pero quiso el Señor otra cosa, y á nosotros solo nos toca conformarnos con su divina voluntad y adorarla. Judas hizo su carrera desde su principio á pasos muy agigantados, y llegó pronto á su término; pero llegó lleno de de virtudes y méritos.

Su elogio.

El anciano y valiente Matatias habia elegido al morir de entre sus cinco hijos á Judas para que mandase el ejército. Ahí teneis, les habia dicho, á Judas Macabeo, varon de grandes fuerzas desde su juventud; él será el

general de vuestros ejércitos y manejará la guerra del pueblo. En virtud de este nombramiento y cumplimiento de esta voluntad, Judas luego que espiró su padre, ocupó su lugar y le ayudaban sus hermanos y todos cuantos se habian unido á su padre. Todos concurrían con él á hacer las batallas de Israel con alegría. Judas dilató; dice el texto sagrado, la gloria de su pueblo, se vistió de coraza como un gigante, y se ciñó de sus armas de guerra para combatir y cubrir los campamentos con su espada. Fué como un leon en sus batallas, y como un cachorro de leon que va rugiendo trás de la presa. Perseguió á los malvados, buscándolos por todas partes, y entregó á las llamas á los que turbaban el pueblo. Ahuyentó á sus enemigos con el temor que le tenían. Todos los que se habian entregado á la maldad, quedaron consternados, y la salud (de Israel) fué dirigida por su mano. Exacerbaba á muchos reyes, y alegraba á Jacob con sus peleas. Su memoria será en bendicion eternamente. Recorrió las ciudades de Judá, exterminó de ellas los impíos y apartó de Israel la ira (del Señor). Recogió á los que perecian, y la fama de su nombre resonó hasta los fines de la tierra.

Este magnífico elogio, que hace aquí de Judas la sagrada Escritura, se ve confirmado por toda la historia que de su vida dejamos escrita; pero lo que hace singular su elogio, y que no se ha dicho de ningun otro de los valientes del antiguo Testamento, son las siguientes palabras con que despues de referir su muerte concluye su historia el autor del Libro sagrado: Mas las otras guerras de Judas, las virtudes que practicó y la grandeza de su corazon no estan escritas; porque son muchas en gran número. Este elogio tan grande de Judas tiene tambien la singularidad de ser una sombra, y si se quiere un pronóstico del que hizo de Jesucristo el Evangelista san Juan, concluyendo su Evangelio con estas palabras: Hizo tambien Jesus otras muchas cosas, que si se hubiesen de escribir en particular, juzgo que ni aun en

el mundo cabrian los libros que habrian de escribirse.

Trabajos de Israel por la muerte de Judas.

Á la muerte de Judas se siguió lo que siempre acontece á un rebaño sin pastor; se dispersaron las ovejas, y quedaron á disposicion de los lobos, que luego las acometieron é hicieron en ellas un destrozo espantoso. Apenas se supo la muerte del héroe, cuando volvieron todos los apóstatas y hombres perversos que el temor de Judas tenia desterrados y confinados fuera de Israel á entrar en el seno de su patria para despedazar sus entrañas. En estos tiempos sobrevino en Israel un hambre muy grande, que algunos atribuyen á la destruccion de mieses y frutos hecha por los enemigos; y encontrándose la nacion sin pan, sin paz, sin defensor, dominada de un ejército enemigo y asaltada por sus malos hijos, se vió precisada á someterse á Baquides y á entregarle su tierra. Este eligió luego hombres perversos y los puso por comandantes de aquel pais, los que perseguían y buscaban á los amigos de Judas para que Baquides los insultase y se vengase de ellos. Apenas hallaban los hermanos y amigos de Judas donde retirarse, porque aun cuando el número de los fieles era sin comparacion mayor que el de los apóstatas y perversos, no podían sin embargo favorecerlos sin exponerse á malos tratamientos de los idólatras y peores de los apóstatas, sus propios hermanos. La persecucion se arreciaba, se hacia intolerable, y hubo en Israel una tribulacion cual no se vió desde que habian dejado de verse profetas en Israel, esto es, desde la vuelta de Babilonia, y reedificacion del templo. La pérdida de un solo hombre era la causa de tantas desdichas, y nunca se conoció mejor la falta de Judas que en este tiempo; mas como era irremediable, trataron de suplirla.

Eleccion de Jonatás en vez de su hermano Judas.

Se juntaron muy secretamente todos los hermanos y todos los amigos de Judas, y dijeron á Jonatás : Desde que murió tu hermano, no ha quedado otro semejante á él que salga contra nuestros enemigos, Baquides y los demás de nuestra nacion. Así, pues, tú serás desde hoy nuestro general en lugar de tu hermano, y manejarás nuestra guerra. Jonatás no aspiraba á las honras de este encargo, ni temia sus peligros; mas por el bien de su pueblo no pudo excusarse. Recibió sobre sus hombros el peso enorme de general que con tanta gloria habia llevado su hermano y guerreó en su lugar. Esta eleccion no pudo hacerse tan secretamente que no llegase á noticia de Baquides, quien, desde que la tuvo, buscaba con la mayor diligencia la ocasion de matar á Jonatás; pero este, su hermano Simon y todos los que estaban con él, lo supieron y se retiraron al desierto de Tecua. Baquides los siguió inmediatamente con todo su ejército, y no teniendo el nuevo general plaza alguna en Judea donde hacerse fuerte, se resolvió á pasar el Jordán para rehacerse en el país de Galaad. Baquides le pasó trás de él con todo su ejército y le seguia de cerca. No podia Jonatás evitar por mucho tiempo la batalla, pero como el corto número de sus tropas le permitia movimientos rápidos y encontrados que no podia seguir un ejército, la iba retardando con gran prudencia por este medio, esperando que se le juntasen los fieles Israelitas que habian peleado al lado de su hermano, y cuyo número engrosaba cada dia considerablemente su ejército. No habiendo tenido tiempo para proveerse de armas y demás pertrechos de guerra, envió á su hermano Juan, acompañado de algunas tropas, á los Nabuteos, amigos antiguos de su hermano Judas, á pedirles que prestasen su aparato de guerra, que era copioso, dice el texto sagrado. Luego se le franquearon los Nabuteos con

mucho gusto; pero cuando Juan volvia con él al ejército, salieron al camino los hijos de Jambri, vecinos de Madaba, se echaron de repente sobre él y su pequeña escolta, les quitaron las vidas y todo lo que traian, y se volvieron con todo á su ciudad.

Jonatás y Simon castigan ejemplarmente la muerte alevosa de su hermano Juan.

Jonatás y Simon, indignados de tan enorme delito contra el que clamaba no solo el derecho individual, sino tambien el derecho de gentes, esperaron ocasion de castigarle y no tardó en presentarse. Supieron que los hijos de Jambri hacian unas grandes bodas, y que llevaban de Madaba con grande pompa y aparato la novia, que era hija de uno de los príncipes de Canaan (á la ciudad del novio que seria canánea). Entonces se presentó con nueva viveza á su imaginacion la sangre de su hermano Juan y de su escolta tan inhumanamente derramada. Subieron á un monte: se ocultaron entre sus espesuras desde donde podian ver sin ser vistos; y alzando los ojos, vieron una multitud de gentes de todas clases que acompañaban á la esposa con un magnífico tren y aparato, y que el esposo y sus parientes y amigos les venian al encuentro con tamboriles y otros instrumentos músicos, y muchas gentes armadas. Entonces bajaron repentinamente del monte Jonatás y los suyos y se echaron con espada en mano sobre ellos. Mataron á muchos, cayeron muchos heridos y los demás huyeron. Las bodas se volvieron en llantos y las músicas en lamentos. De este modo castigaron Jonatás y Simon las muertes de Juan y sus soldados, se resarcieron del robo que habian sufrido, tomando el botín ó despojos que quedaron en el campo, y se volvieron á las riberas del Jordán.

Batalla de Jonatás con Baquides.

Avisado Baquides de que el general Macabeo y su gente habian vuelto á las riberas del rio, se dirigió con todo su ejército á aquel punto, adonde llegó en dia de sábado, porque seguia en la idea de que los Judíos no se defendian en sabado; pero Jonatás sabia muy bien que le era permitido, y que en las circunstancias en que se hallaba era un deber, no solo defenderse, sino acometer en el dia de sábado. Estaba Jonatás cercado por todas partes. Al frente tenia el ejército de Baquides; á la espalda el Jordán, y á los costados arroyos, bosques y lagunas. En tal situacion, prevengámonos, dijo á los suyos, para entrar en combate. Ya no estamos en el caso de poder retirarnos con honor como en los dias pasados. Clamad, pues, al Cielo para que seais librados de vuestros enemigos. Dichas estas palabras, avanza Jonatás seguido de sus tropas, y semejante á su valiente hermano, descarga golpes terribles por todas partes y sobre los cadáveres que va dejando tendidos por tierra, se abre camino hasta llegar á Baquides, le tira el golpe mortal, pero Baquides huye el cuerpo hácia atrás y evita la muerte. No espera Baquides el segundo golpe de un enemigo tan formidable; se aleja con presteza de él, y se cubre con nuevas tropas de su guardia. Combatian los Israelitas con ventaja por todas partes; pero viendo Jonatás la innumerable multitud de sus enemigos, se arroja al rio, le pasa nadando, hacen lo mismo todos los suyos y se forman en batalla en la ribera opuesta sin que en toda esta travesía se mueva ni un solo enemigo. Habia perdido Baquides mil hombres y estado á punto de morir, cuando peleaba con unos hombres que tenian á la espalda el Jordán, y no queriendo perder su ejército, ahora que le tienen al frente, solo trató de volverse á Jerusalem con sus tropas.

Desde este pesado lance no pensó ya Baquides en pe-

lear mas con los Israelitas, mandados por Jonatás, y se aplicó á fortificar todas las plazas de la Judea que presentaban buena defensa. Las hizo rodear de altas murallas, poner fuertes puertas y asegurar con cerraduras, llaves, cerrojos y candados. Puso guarniciones en ellas con orden de que hiciesen correrías por todas partes y persiguiesen principalmente á los que fuesen afectos al partido de Jonatás; pero las plazas que fortificó con mayor esmero fueron Betsura, Gazara y el alcázar de Sion, que eran de la primera importancia. Puso en ellas fuertes guarniciones y abundantes provisiones, y en fin, para asegurarse mas de la quietud y fidelidad de los Judíos, tomó en rehenes los hijos de los principales y los encerró en el alcázar.

Autoridad del pontifice Alcimo.

Así se pasó el año de ciento cincuenta y dos, tan funesto para los Judíos por la muerte de Judas y las desdichas que la siguieron. Gozábase el falso pontifice Alcimo de esta muerte y de estas desdichas que le habian proporcionado entrar en la posesion pacífica del pontificado, y creía haber llegado á la cumbre de su ambicion; pero se vió que, á ejemplo de sus predecesores, no habia subido á ella sino para caer de mas alto. De tantos intrusos como desde la muerte del santo Onías se habian tratado de sumos sacerdotes, ninguno se revistió impunemente de esta sagrada dignidad, sino que á todos siguió un castigo capaz de intimidar á los mas atrevidos, si la pasion de dominar pudiera contenerse con el temor del castigo. Tan perverso Alcimo como sus antecesores, y con mayor libertad para manifestar que lo era, se dejó llevar al último extremo. Miraba muerto al temible Judas Macabeo, léjos de Jerusalem á Jonatás y Simon sus hermanos, y toda la Judea sujeta á un rey idólatra, cuya autoridad poseía él enteramente. En semejante estado juzgó que

todo le era permitido, porque nada tenia que temer de parte de los hombres; pero se olvidaba de que Dios no necesita de los hombres para sus castigos.

Su muerte.

El mes segundo del año de ciento cincuenta y tres mandó Alcimo derribar los muros interiores de la casa del Señor (que formaban el patio de los sacerdotes y levitas), y que se destruyesen las obras de los profetas (Aggeo y Zacarías, que con sus exhortaciones las habian promovido). Debiera causarle horror solo el pensarlo, pero estaba endurecido y luego hizo poner manos en la obra. Alcimo se aplaudia de ella; pero Dios tenia ya levantada la mano para castigarle. Cuando con mas placer estaba presenciando el derribo de los muros, el Señor descargó el golpe, y ya no hubo para Alcimo sino tormentos y muerte. Se le cerró de repente la boca y no pudo volver á hablar ni una sola palabra. Se apoderó de él una parálisis general, y luego murió entre grandes tormentos con espanto de los malos y horror de los buenos.

Baquides se vuelve á Antioquia, pero es llamado otra vez por los apóstatas.

Cuando vió Baquides que habia muerto Alcimo, se tornó para el rey y quedó en reposo la tierra (de Judá) por dos años sin que los Griegos la hiciesen la guerra; pero entretanto que los extranjeros dejaban en paz la Judea, los apóstatas y malos Judíos la dominaban á favor de las guarniciones que habia puesto Baquides en todas las plazas. Estos hombres perversos no podian sufrir que Jonatás y los suyos se mantuviesen firmes y no se rindiesen á la apostasia. Pensaron sorprenderles y de un solo golpe deshacerse de todos. Hé ahí, se dijeron, que

Jonatás y los suyos viven muy confiados y no tienen el menor recelo: traigamos á Baquides y los sorprenderá á todos en una sola noche, y nos librára de estos hombres que nos desacreditan con el pueblo, y son los únicos que se oponen á nuestros intentos. Creyeron feliz su proyecto, y sin dilacion enviaron á Baquides una diputacion que le dijese que todo estaba en disposicion de sorprender á Jonatás y los suyos, y poner en las manos del rey á estos sus enemigos. Baquides se preparó para venir á la Judea con un grande ejército, y envió secretamente cartas á los de su partido para que sorprendiesen y pusiesen presos á Jonatás y á los que estaban con él, mientras llegaban sus tropas; pero no pudieron, porque fueron avisados en tiempo. Jonatás tuvo noticia individual de los principales que habian tramado esta maldad; logró prender hasta cincuenta y los hizo morir.

Baquides pierde parte de su ejército, hace un tratado con Jonatás y se vuelve á Antioquia.

Estaba ya para llegar Baquides, y era preciso prepararse á una nueva resistencia. Juntaron Jonatás y Simon todas sus tropas y se retiraron á la ciudad de Betbesen, plaza situada en el desierto de Jericó, cerca del Jordán y perteneciente á la tribu de Benjamin. Repararon sus ruinas y la fortificaron. Llegó al fin Baquides con su grande ejército y supo con pena las prevenciones de Jonatás y los suyos. Bien hubiera querido hallarles en poder de los apóstatas, para no tener que volver á medir sus armas con los Macabeos; pero ya no habia otro arbitrio sin pasar por la fea nota de un general cobarde. Hizo Baquides que viniesen á incorporarse con su ejército las tropas que habia dejado en la Judea, y fué á acampar delante de la plaza de Betbesen. La batió por muchos dias, y acercó á ella sus máquinas, pero nada adelantaba. Entonces Jonatás, viendo la debilidad de las ataques de

Baquides, dejó á su hermano Simon en la plaza con las tropas suficientes para su defensa, y tomando consigo un cuerpo de sus mejores soldados, dió vuelta por el país cercano y volvió con un número considerable de tropas que se le reunieron. Embistió al cuerpo de ejército que mandaban Odaren, sus hermanos, y los hijos de Fase-ron; le derrotó y principió á hacer gran destrozo en sus enemigos, y á ganar mucho nombre con repetidas acciones de valor. Entretanto que Jonatás atropellaba y destrozaba una parte del ejército enemigo, Simon y los que estaban con él salieron de la ciudad, quemaron las máquinas, atacaron á Baquides, le batieron y le causaron gran pesadumbre, porque su designio no solo habia resultado fallido, sino muy desgraciado. Baquides, lleno de cólera contra aquellos hombres malyados, que le habian aconsejado que viniese, hizo morir á muchos y trató de volverse á su tierra con el ejército que le habia quedado. Tuvo noticia de esto Jonatás, y para facilitarle una marcha que tanto interesaba á la Judea, le envió mensajeros á fin de ajustar con él paz, ó mas bien canje de prisioneros. Baquides recibió de buena voluntad á los mensajeros, hizo como queria Jonatás y le juró que jamás volveria á hacerle mal en todos los dias de su vida. Restituyó á Jonatás los prisioneros que tenia de Israel, y recibiendo los suyos, se volvió á Antioquia, y no quiso tornar mas á la Judea.

Gobierna Jonatás la nacion con paz y con grande acierto por cuatro años.

La retirada de Baquides con todas sus tropas, dió á Jonatás la libertad que necesitaba para restablecer los negocios de su religion y su patria. El grueso de la nacion, ó para decirlo mejor, toda la nacion le miraba como á su salvador, aunque durante la opresion no todos se hubiesen declarado abiertamente por temor á las

violencias de los propios y los extraños. En esta situación Jonatás, siguiendo el plan de su padre Matatías y de su hermano Judas, comenzó á perseguir á los apóstatas y á los impíos, haciéndoles morir ó salir del país. Empleó particularmente su celo en fomentar el culto del Señor, cuyas sagradas ceremonias principiaron á observarse con entera libertad en Jerusalem, sin que las tropas de la ciudadela se atreviesen á oponerse. Sin embargo, Jonatás no quiso fijar su residencia en la capital, mientras que la ciudadela estuviere en manos de los enemigos. La fijó en Maemas, ciudad célebre y fuerte, situada en las fronteras de las tribus de Efraim y Benjamin, en los montes de Betel. Allí fué donde, por espacio de cuatro años que duró la paz, se aplicó Jonatás á gobernar al pueblo fiel de un modo enteramente independiente, y á corregir y á castigar los malos Israelitas. El rey Demetrio, parte cansado de una guerra tan costosa, y parte ocupado con otros enemigos que no le permitian dividir sus fuerzas, no pensaba ya en turbar á los Judíos, y con esto y la buena administracion de Jonatás, Israel volvió á tomar nuevo semblante. Se vió florecer en él la agricultura, restablecerse el buen orden, y sobre todo practicarse las leyes santas y celebrarse con gran celo las ceremonias sagradas.

El rey Demetrio procura hacer de su partido á Jonatás contra el rey Alejandro.

Despues de estos cuatro años de paz y felicidad para los hijos de Israel, el ciento y sesenta del imperio de los Griegos en Asia, Alejandro, hijo de Antioco el Ilustre, ocupó á Tolemaida y reinó en ella. Avisado el rey Demetrio de que Alejandro, no solo habia sido recibido como rey en una ciudad de tanta consideracion, sino de que trataba de conquistar todo el reino que habia sido de su padre, juntó un ejército en extremo numero-

so, y salió en busca de Alejandro para darle batalla. Se había hecho Jonatás ya en estetiempo de tanta consideracion para los reyes de Asia, que temió Demetrio no salir felizmente con su empresa á pesar de su grande ejército, si no contaba con el poder de Jonatás, ó si no conseguia á lo menos que no se hiciese del partido de su competidor Alejandro. Con esta idea, antes de venir con él á las manos, tuvo un consejo con sus confidentes y amigos sobre lo que convendria hacer con respecto á Jonatás. Este valiente, les dijo, se acordará de los males que hemos hecho á su nacion y á su hermano, ¿y qué no deberémos temer si se une con Alejandro? por tanto soy de sentir, que sin perder momento hagamos alianza con él antes que él la haga con Alejandro contra nosotros. Todos aplaudieron el pensamiento del rey, y luego escribió este monarca á Jonatás una carta, toda de paz, dándole grandes elogios y facultad para levantar un ejército y fabricar armas. Le declaró su aliado, y mandó que se le entregasen los rehenes ó fianzas que habia en el alcázar de Sion.

Jonatás se aprovecha de este tiempo favorable para reedificar á Jerusalem y levantar los muros en rededor del monte de Sion.

Jonatás, tan valiente como hábil y previsor, juzgó que sin declararse por Demetrio, ni contraer empeños con él, debia aprovecharse de las ofertas de un rey, que con estas mercedes léjos de hacer gracia á los Judíos, solamente les hacia parte de la justicia que les era debida. Autorizado Jonatás con la carta del rey vino de Macmas á Jerusalem; juntó todo el pueblo; mandó venir á nombre del rey á los principales de la ciudadela para que asistiesen á oír la lectura de la carta real, y fué leida delante de todos. Oyeron los buenos Israelitas el contenido de esta carta con tanta alegría, como temor concie-

bieron los apóstatas al oír que el rey daba facultad á Jonatás para levantar un ejército. La guarnicion de la ciudadela entregó á Jonatás los rehenes, que eran los jóvenes de las primeras familias, y Jonatás los entregó á sus padres. Trasladó su residencia de Macmas á Jerusalem y se estableció en ella con la dignidad conveniente al supremo puesto que ocupaba; pero al reconocerla tuvo el sentimiento de ver parte de las grandes ruinas que los furios de Antioco y sus generales habian causado en ella. Hizo reedificar los edificios y casas arruinadas, y con esto principió á renovarse Jerusalem y á mudar de semblante. Mandó tambien á los operarios que levantasen los muros que debian rodear el monte de Sion, y que el jóven Eupator contra la fe de los tratados habia hecho derribar pocos años despues de haberlos edificado Judas Macabeo. Quiso que este muro se hiciese de grandes y fuertes piedras cuadradas de sillería para que sirviese de segura defensa contra los ataques del alcázar, y trabajaron los operarios con tan buena voluntad que en poco tiempo se vieron concluidos con toda la fortaleza que Jonatás deseaba.

Estos preparativos asustaron á los extranjeros que Baquides habia dejado en las fortalezas que habia hecho edificar por toda la Judea. Temian en cada momento que Jonatás con todas sus fuerzas cayese sobre ellos, y no teniendo ya que esperar socorro del rey, serian ellos las primeras víctimas que se sacrificasen á la justicia de la nacion. Por este temor, todos abandonaron su puesto y cada uno se volvió á su tierra y su casa. Solo en Betsura quedaron algunos, de los que, dice el texto sagrado, habian abandonado la ley y los mandamientos de Dios, porque esta plaza era para ellos un lugar de refugio. Á este tiempo oyó el rey Alejandro las promesas que el rey Demetrio habia hecho á Jonatás, y le contaron las proezas que él y sus hermanos habian hecho, y los trabajos que habian tolerado con admirable constancia y paciencia, y dijo á los que se lo referian, ¿acaso podré-